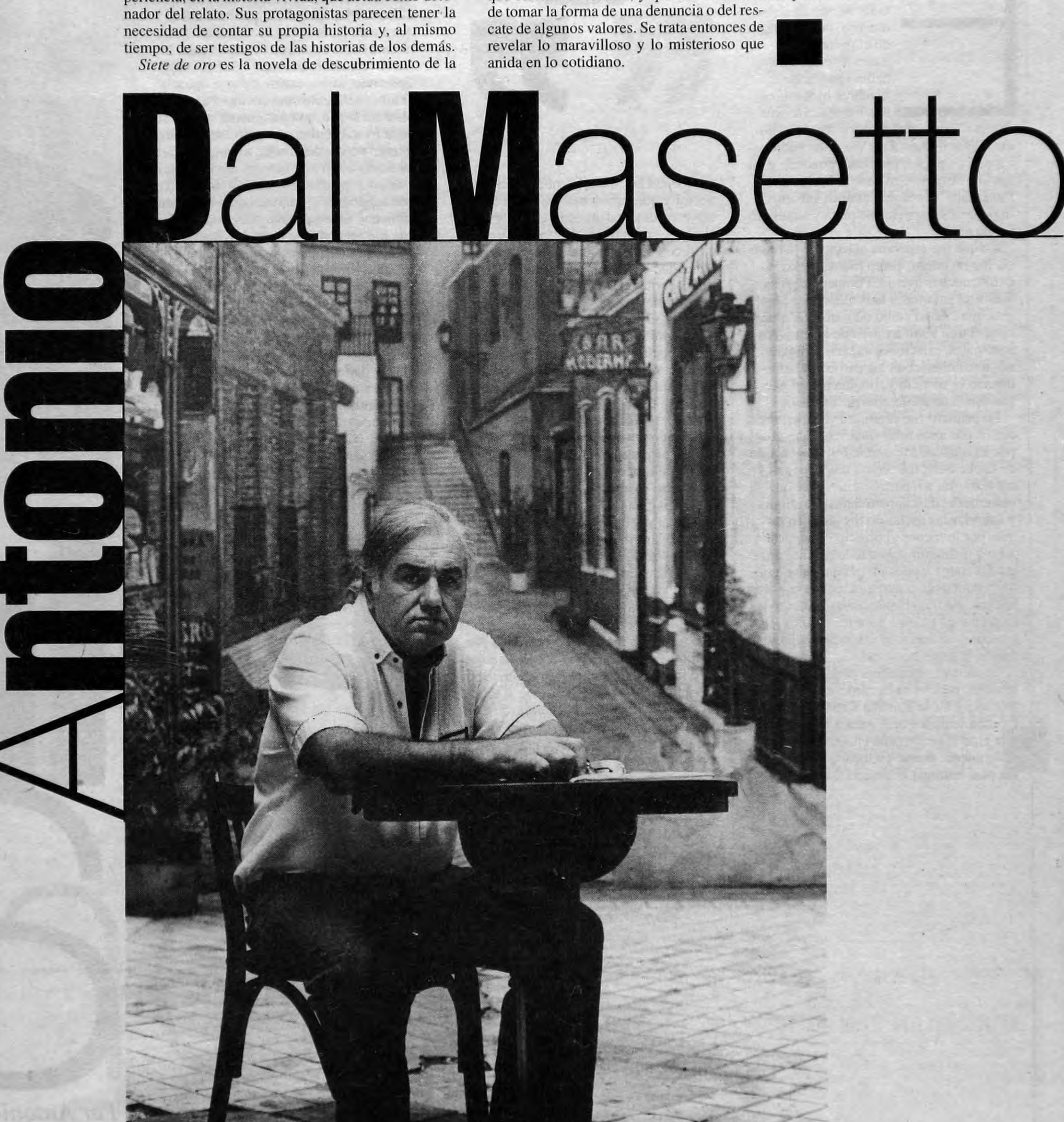
Durante su infancia, en Italia, leía a Salgari. Eso significó una toma de conciencia, la idea de que a través de la imaginación uno puede vivir muchas vidas, tener infinitas aventuras, en cualquier lugar y en cualquier época. Dal Masetto debe entonces a Salgari el descubrimiento de esa potencia, de esa riqueza que hace posible superar las limitaciones del individuo atado a ciertas circunstancias para llegar a ser mucho más que él mismo.

Fue pintor, obrero, heladero, vendedor ambulante, empleado público y, desde los 43 años, escritor. Es autor de las novelas *Siete de oro* (1969), *Fuego a discreción* (1979), *Siempre es difícil volver a casa* (1985), *Oscuramente fuerte es la vida* (1990), *La tierra incomparable* (ganadora del premio Planeta 1994), y *Demasiado cerca desaparece* (1977). Publicó cuatro libros de relatos: *Ni perros ni gatos* (1987), *Reventando corbatas* (1989) y *Gente del Bajo* (1995).

En todos sus libros hay una rara confianza en la experiencia, en la historia vivida, que actúa como detonador del relato. Sus protagonistas parecen tener la necesidad de contar su propia historia y, al mismo tiempo, de ser testigos de las historias de los demás. *Siete de oro* es la novela de descubrimiento de la gran ciudad. *Fuego a discreción* puede leerse como el testimonio del tránsito de una ciudad después de los terribles años 70. En ella se siguen los vagabundeos de un testigo del tiempo negro de la dictadura. En *Siempre es difícil volver a casa* cuatro asaltantes de un banco son perseguidos en una cacería que llevan a cabo los habitantes de un pueblo hasta entonces pacífico. *Oscuramente fuerte es la vida* y *La tierra incomparable* son las novelas del desarraigo, las novelas sobre esa inmigración italiana de la que no se ha ocupado la literatura argentina. Siempre hay una aventura, una experiencia personal y, a la vez, una aventura colectiva que el personaje no se siente con derecho a juzgar.

"La literatura es, fundamentalmente, una cuestión de oído", decía Italo Calvino. Que en otras palabras significa ser capaces de atrapar al lector en una fluidez, en un deslizamiento que posee su música propia. Pero para Dal Masetto el escritor debe tener en claro que escribir es señalar, y que ese señalamiento puede tomar la forma de una denuncia o del rescate de algunos valores. Se trata entonces de revelar lo maravilloso y lo misterioso que anida en lo cotidiano.

Antonio Dal Masetto



Prim
a

Por Antonio Dal Masetto



> El domingo en que la vi por primera vez, Renata cruzaba la plaza con unas amigas: venían de misa, ella caminaba en el centro del grupo, la cabeza erguida como un líder, hablaba muy seria y las demás alborotadas alrededor.

En aquellos tiempos todavía no odiaba nada ni a nadie. Tenía doce años y estaba enamorado. Meses atrás, no muchos, había cruzado el océano en un barco de emigrantes, había visto llorar a hombres rudos mientras mirábamos esfumarse la costa en los vapores del mediodía, había llorado a mi vez y me había escapado de popa a proa para ponerme a soñar con América. Miraba el horizonte y fantaseaba acerca de llanuras, caballos impetuosos, espuelas de plata y sombrero de ala ancha.

Lo que me esperaba al cabo de la travesía fue un puerto como todos, hierro y óxido, anchas avenidas empedradas, bandadas de palomas y más allá de las palomas una ciudad como un muro. Después vino el tren lento a través de los campos invernales, estaciones vacías, campanazos que anunciaban las partidas y estremecían el silencio y, finalmente, el pueblo. Nada de sombreros de ala ancha.

Lo primero fue cambiar los pantalones cortos por unos mamelucos, los zapatos por alpargatas. Me enseñaron el recorrido de la clientela, me dieron una bicicleta y me pusieron a repartir carne. Tuve que enfrentar el desconocimiento del idioma y soportar las burlas de los pibes en las que, por lo menos al principio, no alcanzaba a distinguir más que la palabra gringo. De todos modos no me quedaba quieto y cuando tenía uno a mano me le tiraba encima. Pero no había demasiada convicción en esas peleas. Y en los baldíos, en las calles de tierra, lo único que dejamos fueron algunos botones.

Lo cierto es que ahora pedaleaba de mañana, pedaleaba de tarde y estaba enamorado. Ella se llamaba Renata, usaba trenzas, tenía los ojos pardos y vivía en una gran casa, con una chapa de bronce en la puerta, donde yo tocaba timbre cada día para entregar el pedido. La amaba porque era hermosa, porque era la hija del doctor y porque era malvada. Por lo menos eso comentaban entre ellas algunas clientas, cuyas hijas eran sus compañeras en el colegio de monjas. Nunca me pregunté qué clase de perversidades pudieron haberle ganado ese calificativo. Pero en esos meses, para mí, la maldad se convirtió en un atributo de la perfección.

El domingo en que la vi por primera vez, Renata cruzaba la plaza con unas amigas: venían de misa, ella caminaba en el centro del grupo, la cabeza erguida como un líder, hablaba muy seria y las demás alborotadas alrededor. Vaya a saber lo que sentí realmente, pero quedé turbado y esa noche tardé en dormirme. De algún modo debí intuir que con aquel encuentro se abría una etapa nueva. Hasta ese momento me había estado asomando al pueblo y sus calles como sobre un pozo sin fondo, donde no había respuestas, ni siquiera preguntas, sólo estupor y una calma de agua estancada. Recuerdo los amaneceres escarchados, la quietud del río, las noches sin vida, aquellos dos caballos tristes y pacientes bajo la lluvia en el terreno cercado por alambres de púas. Vivía como aletargado por todo eso, sumergido en un asombro quieto y distante. No sabía si algo en mí estaba exigiendo un cambio. Era un adolescente inquieto, pero la prueba a la que estaba sometido casi no me permitía rebeldías, no pedía aceptación ni rechazo, simplemente me rodeaba con su abandono, me enquistaba y me anulaba.

Después de encontrarme con Renata, en los días siguientes cuando averigüé que vivía en aquella casa y me puse a soñar con ella, aprendí, entre otras cosas, que había en mí una capacidad de sufrimiento hasta entonces insospechada. Y me lo repetía a cada rato: "Sufro, estoy sufriendo, nunca sanaré de este dolor". Estaba realmente convencido. Pero también era cierto, y seguramente sólo lo supe años más tarde, que todo ese desgarramiento no me debilitaba, al contrario, comenzaba a teñir de colores reconocibles y familiares esos días vacíos. A medida que aceptaba ese mundo como mío, percibía que se iba desintegrando la rigidez que me separaba de todo. La esperanza que cada mañana respiraba en el aire frío, el sobresalto renovado cada vez que veía a Renata salir del colegio entre sus compañeras (un delantal blanco siguió representando para mí, durante mucho tiempo, el símbolo del amor y la aristocracia pueblerina), eran cosas reales, que me devolvían una identidad. De este modo, sin saberlo ella, la presencia de Renata iba introduciendo cierto orden en mi desconcierto. Me hundía en la impotencia, pero también me salvaba del desarraigo. Seguramente, por lo menos al principio, ni siquiera debió darse cuenta de mi existencia. Y aun más tarde, des-

Noticia biográfica de Guillermo Piro. Se reproduce aquí por gentileza del autor.

Primer amor

Por Antonio Dal Masetto

> El domingo en que la vi por primera vez, Renata cruzaba la plaza con unas amigas: venían de misa, ella caminaba en el centro del grupo, la cabeza erguida como un líder, hablaba muy seria y las demás alborotadas alrededor.

En aquellos tiempos todavía no odiaba nada ni a nadie. Tenía doce años y estaba enamorado. Meses atrás, no muchos, había cruzado el océano en un barco de emigrantes, había visto llorar a hombres rudos mientras mirábamos esfumarse la costa en los vapores del mediodía, había llorado a mi vez y me había escapado de popa a proa para ponerme a soñar con América. Miraba el horizonte y fantaseaba acerca de llanuras, caballos impetuosos, espuelas de plata y sombrero de ala ancha.

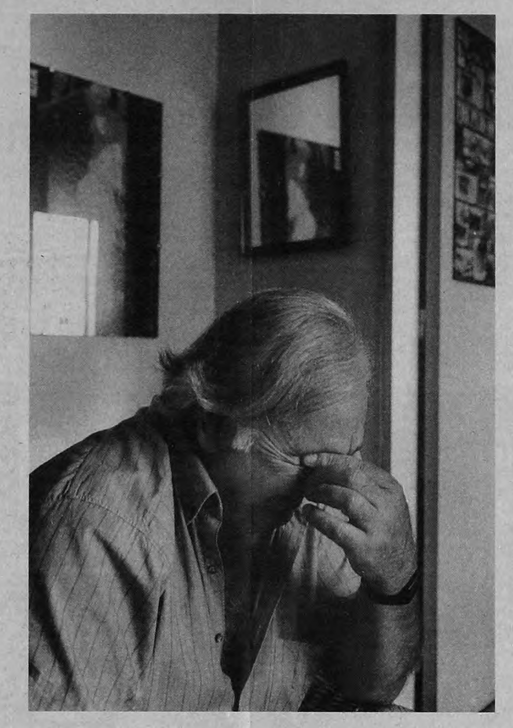
Lo que me esperaba al cabo de la travesía fue un puerto como todos, hierro y óxido, anchas avenidas empedradas, bandadas de palomas y más allá de las palomas una ciudad como un muro. Después vino el tren lento a través de los campos invernales, estaciones vacías, campanazos que anunciaban las partidas y estremecían el silencio y, finalmente, el pueblo. Nada de sombreros de ala ancha.

Lo primero fue cambiar los pantalones cortos por unos mamelucos, los zapatos por alpargatas. Me enseñaron el recorrido de la clientela, me dieron una bicicleta y me pusieron a repartir carne. Tuve que enfrentar el desconocimiento del idioma y soportar las burlas de los pibes en las que, por lo menos al principio, no alcanzaba a distinguir más que la palabra gringo. De todos modos no me quedaba quieto y cuando tenía uno a mano me le tiraba encima. Pero no había demasiada convicción en esas peleas. Y en los baldíos, en las calles de tierra, lo único que dejamos fueron algunos botones.

Lo cierto es que ahora pedaleaba de mañana, pedaleaba de tarde y estaba enamorado. Ella se llamaba Renata, usaba trenzas, tenía los ojos pardos y vivía en una gran casa, con una chapa de bronce en la puerta, donde yo tocaba timbre cada día para entregar el pedido. La amaba porque era hermosa, porque era la hija del doctor y porque era malvada. Por lo menos eso comentaban entre ellas algunas clientas, cuyas hijas eran sus compañeras en el colegio de monjas. Nunca me pregunté qué clase de perversidades pudieron haberle ganado ese calificativo. Pero en esos meses, para mí, la maldad se convirtió en un atributo de la perfección.

El domingo en que la vi por primera vez, Renata cruzaba la plaza con unas amigas: venían de misa, ella caminaba en el centro del grupo, la cabeza erguida como un líder, hablaba muy seria y las demás alborotadas alrededor. Vaya a saber lo que sentí realmente, pero quedé turbado y esa noche tardé en dormirme. De algún modo debí intuir que con aquel encuentro se abría una etapa nueva. Hasta ese momento me había estado asomando al pueblo y sus calles como sobre un pozo sin fondo, donde no había respuestas, ni siquiera preguntas, sólo estupor y una calma de agua estancada. Recuerdo los amaneceres escarchados, la quietud del río, las noches sin vida, aquellos dos caballos tristes y pacientes bajo la lluvia en el terreno cercado por alambres de púas. Vivía como aletargado por todo eso, sumergido en un asombro quieto y distante. No sabía si algo en mí estaba exigiendo un cambio. Era un adolescente inquieto, pero la prueba a la que estaba sometido casi no me permitía rebeldías, no pedía aceptación ni rechazo, simplemente me rodeaba con su abandono, me enquistaba y me anulaba.

Después de encontrarme con Renata, en los días siguientes cuando averigüé que vivía en aquella casa y me puse a soñar con ella, aprendí, entre otras cosas, que había en mí una capacidad de sufrimiento hasta entonces insospechada. Y me lo repetía a cada rato: "Sufro, estoy sufriendo, nunca sanaré de este dolor". Estaba realmente convencido. Pero también era cierto, y seguramente sólo lo supe años más tarde, que todo ese desgarramiento no me debilitaba, al contrario, comenzaba a teñir de colores reconocibles y familiares esos días vacíos. A medida que aceptaba ese mundo como mío, percibía que se iba desintegrando la rigidez que me separaba de todo. La esperanza que cada mañana respiraba en el aire frío, el sobresalto renovado cada vez que veía a Renata salir del colegio entre sus compañeras (un delantal blanco siguió representando para mí, durante mucho tiempo, el símbolo del amor y la aristocracia pueblerina), eran cosas reales, que me devolvían una identidad. De este modo, sin saberlo ella, la presencia de Renata iba introduciendo cierto orden en mi desconcierto. Me hundía en la impotencia, pero también me salvaba del desarraigo. Seguramente, por lo menos al principio, ni siquiera debió darse cuenta de mi existencia. Y aun más tarde, después de aquel encuentro en el jardín, es probable que no haya vuelto a fijarse ni a acordarse de mí. Si embargo, desde esas distancias, ella me marcaba una dirección. Yo me sometía, sufría y me sentía vivo.



Noticia biográfica de Guillermo Piro. Se reproduce aquí por gentileza del autor.

Y así, aquellas calles se llenaron de actividad, de cálculos, de horarios, de estrategias. Siempre estaba yéndome o llegando, partía en mi bicicleta con cualquier excusa, me ofrecía para todos los mandados. Pasaba por su casa, por la de alguna amiga, por la iglesia, por el club, por cada sitio donde suponía que podía estar. Corría permanentemente. Pero, en realidad, era ella la dueña del movimiento. Se desplazaba y yo respondía girando a su alrededor, a una cuadra de distancia, a cinco, a diez, como si estuviese atado con un hilo, ensayando vastos rodeos, encarando finalmente por una calle donde ella venía avanzando, para cruzarla de frente y pasar a un par de metros, pedaleando fuerte, la mayoría de las veces sin atreverme siquiera a mirarla. Llevaba en el bolsillo una libreta en la que anotaba: "Martes 17, la vi; miércoles 18, la vi; jueves 19, la vi dos veces; viernes 20, la vi, me parece que me miró".

> Había delirado con esa ocasión, pero no supe qué hacer y todos mis planes se diluyeron. Me quedé mirándola, inmovilizado, con mis mamelucos color ladrillo y mis alpargatas deshilachadas.



Una mañana toqué timbre y salió ella a atenderme. Había delirado con esa ocasión, pero no supe qué hacer y todos mis planes se diluyeron. Me quedé mirándola, inmovilizado, con mis mamelucos color ladrillo y mis alpargatas deshilachadas.

–Traigo la carne –murmuré, con un tono y una torpeza que me hicieron sentir avergonzado.

No se dignó tomar el paquete. Se hizo a un lado y me señaló una puerta:

–Dejalo ahí, sobre la mesa.

Obedecí. Cuando ya me iba oí que me decía:

–Esperá.

Me detuve.

–¿Por qué siempre me andás mirando? –preguntó.

Sentí que me temblaban las rodillas y aparté la vista. Me dije que no habría oportunidad como ésa y me esforcé por construir una respuesta en un castellano decente, pero cuando la tuve lista ya era tarde.

–Vení –dijo Renata.

La seguí. Recorrimos el pasillo y salimos, por la puerta del fondo, al jardín que tantas veces había vislumbrado desde la calle. Aquello era como entrar en un mundo prohibido. Renata me guió entre una doble hilera de naranjos, hasta la pared que separaba el terreno de la casa vecina.

–¿Sabés qué es? –preguntó señalando con el dedo.

–Un rosal –contesté.

–Eso es lo que parece –dijo.

Calló y advertí que era más alta que yo. De todos modos, la incomodidad del comienzo había ido desapareciendo. Renata se acercó más al rosal y me contó una historia:

–Mi bisabuela se llamaba Renata, igual que yo. Era una mujer bellísima. Mi bisabuelo viajaba y la dejaba mucho tiempo sola. Se enamoró de un sobrino, quince años menor que ella, un muchacho. Pero él la rechazó. Entonces lo mató y lo enterró acá, junto al muro. A la semana notó que en este lugar había nacido un rosal. Tomó una tijera y lo cortó. Pero el rosal volvió a crecer. Lo cortó. Y así muchas veces. Hasta que un día,mientras trataba de arrancarlo, se pinchó un dedo con una espina y quedó embarazada. Cuando dio a luz advirtió que el chico era el sobrino al que había asesinado. Entonces pensó matarlo otra vez, aunque finalmente decidió criarlo. El chico no paraba nunca de mamar, jamás estaba satisfecho. Acabó con su leche y comenzó a chuparle la sangre. Mi bisabuela se fue debilitando y al tiempo murió.

Mientras hablaba, Renata no había dejado de mirarme. Calló y advertí el chillido de los pájaros.

–Dame la mano –dijo ella.

Estiré el brazo. Me arrastró suavemente, acercó mi mano al rosal y me hizo pinchar con una espina. Soporté sin chistar, sin moverme. Retuvo mi dedo para ver brotar la sangre. Entonces busqué en sus ojos el placer perverso del que había oído hablar. Pero lo que vi fue gravedad y, me pareció, un velo de tristeza.

–Ahora –sentenció– vas a quedar embarazado, como mi bisabuela.

Me soltó. Un golpe de viento trajo el olor de la primavera próxima. Sentí que ese jardín no se encontraba en el pueblo, sino en otra parte, y que tal vez nunca volviese a salir de él. Estaba deslumbrado y feliz, como si aquel mundo me hubiese pertenecido desde siempre. Sentí que estaba dentro de una ceremonia y que en mí se disolvían durezas y entorpecimientos. Por un momento pude pensar que entre Renata y yo no había diferencias, que éramos iguales y lo seguiríamos siendo mientras permaneciésemos ahí.

Ella volvió a hablar.

–Andate –dijo.

Pero no había prepotencia en su voz, ni siquiera era una orden, sino la manifestación simple y clara de algo que debía ser hecho. Crucé el jardín, salí a la vereda y caminé hasta doblar la esquina. Apoyé la bicicleta contra un árbol, saqué mi libreta, la abrí y aplasté la gota de sangre sobre una hoja en blanco. Volví a guardarla en el bolsillo de la camisa, contra el corazón. Después me llevé el dedo a los labios y lo mantuve ahí. Monté y pedaleé calle abajo, hacia el horizonte quieto y abierto que se divisaba más allá de las casas.



pués de aquel encuentro en el jardín, es probable que no haya vuelto a fijarse ni a acordarse de mí. Si embargo, desde esas distancias, ella me marcaba una dirección. Yo me sometía, sufría y me sentía vivo.

Y así, aquellas calles se llenaron de actividad, de cálculos, de horarios, de estrategias. Siempre estaba yéndome o llegando, partía en mi bicicleta con cualquier excusa, me ofrecía para todos los mandados. Pasaba por su casa, por la de alguna amiga, por la iglesia, por el club, por cada sitio donde suponía que podía estar. Corría permanentemente. Pero, en realidad, era ella la dueña del movimiento. Se desplazaba y yo respondía girando a su alrededor, a una cuadra de distancia, a cinco, a diez, como si estuviese atado con un hilo, ensayando vastos rodeos, encarando finalmente por una calle donde ella venía avanzando, para cruzarla de frente y pasar a un par de metros, pedaleando fuerte, la mayoría de las veces sin atreverme siquiera a mirarla. Llevaba en el bolsillo una libreta en la que anotaba: "Martes 17, la vi; miércoles 18, la vi; jueves 19, la vi dos veces; viernes 20, la vi, me parece que me miró".

Una mañana toqué timbre y salió ella a atenderme. Había delirado con esa ocasión, pero no supe qué hacer y todos mis planes se diluyeron. Me quedé mirándola, inmovilizado, con mis mamelucos color ladrillo y mis alpargatas deshilachadas.

–Traigo la carne –murmuré, con un tono y una torpeza que me hicieron sentir avergonzado.

No se dignó tomar el paquete. Se hizo a un lado y me señaló una puerta:

–Dejalo ahí, sobre la mesa.

Obedecí. Cuando ya me iba oí que me decía:

–Esperá.

Me detuve.

–¿Por qué siempre me andás mirando? –preguntó.

Sentí que me temblaban las rodillas y aparté la vista. Me dije que no habría oportunidad como ésa y me esforcé por construir una respuesta en un castellano decente, pero cuando la tuve lista ya era tarde.

–Vení –dijo Renata.

La seguí. Recorrimos el pasillo y salimos, por la puerta del fondo, al jardín que tantas veces había vislumbrado desde la calle. Aquello era como entrar en un mundo prohibido. Renata me guió entre una doble hilera de naranjos, hasta la pared que separaba el terreno de la casa vecina.

–¿Sabés qué es? –preguntó señalando con el dedo.

–Un rosal –contesté.

–Eso es lo que parece –dijo.

Calló y advertí que era más alta que yo. De todos modos, la incomodidad del comienzo había ido desapareciendo. Renata se acercó más al rosal y me contó una historia:

–Mi bisabuela se llamaba Renata, igual que yo. Era una mujer bellísima. Mi bisabuelo viajaba y la dejaba mucho tiempo sola. Se enamoró de un sobrino, quince años menor que ella, un muchacho. Pero él la rechazó. Entonces lo mató y lo enterró acá, junto al muro. A la semana notó que en este lugar había nacido un rosal. Tomó una tijera y lo cortó. Pero el rosal volvió a crecer. Lo cortó. Y así muchas veces. Hasta que un día,mientras trataba de arrancarlo, se pinchó un dedo con una espina y quedó embarazada. Cuando dio a luz advirtió que el chico era el sobrino al que había asesinado. Entonces pensó matarlo otra vez, aunque finalmente decidió criarlo. El chico no paraba nunca de mamar, jamás estaba satisfecho. Acabó con su leche y comenzó a chuparle la sangre. Mi bisabuela se fue debilitando y al tiempo murió.

Mientras hablaba, Renata no había dejado de mirarme. Calló y advertí el chillido de los pájaros.

–Dame la mano –dijo ella.

Estiré el brazo. Me arrastró suavemente, acercó mi mano al rosal y me hizo pinchar con una espina. Soporté sin chistar, sin moverme. Retuvo mi dedo para ver brotar la sangre. Entonces busqué en sus ojos el placer perverso del que había oído hablar. Pero lo que vi fue gravedad y, me pareció, un velo de tristeza.

–Ahora –sentenció– vas a quedar embarazado, como mi bisabuela.

Me soltó. Un golpe de viento trajo el olor de la primavera próxima. Sentí que ese jardín no se encontraba en el pueblo, sino en otra parte, y que tal vez nunca volviese a salir de él. Estaba deslumbrado y feliz, como si aquel mundo me hubiese pertenecido desde siempre. Sentí que estaba dentro de una ceremonia y que en mí se disolvían durezas y entorpecimientos. Por un momento pude pensar que entre Renata y yo no había diferencias, que éramos iguales y lo seguiríamos siendo mientras permaneciésemos ahí.

Ella volvió a hablar.

–Andate –dijo.

Pero no había prepotencia en su voz, ni siquiera era una orden, sino la manifestación simple y clara de algo que debía ser hecho. Crucé el jardín, salí a la vereda y caminé hasta doblar la esquina. Apoyé la bicicleta contra un árbol, saqué mi libreta, la abrí y aplasté la gota de sangre sobre una hoja en blanco. Volví a guardarla en el bolsillo de la camisa, contra el corazón. Después me llevé el dedo a los labios y lo mantuve ahí. Monté y pedaleé calle abajo, hacia el horizonte quieto y abierto que se divisaba más allá de las casas. ■

"Había delirado con esa ocasión, pero no supe qué hacer y todos mis planes se diluyeron. Me quedé mirándola, inmovilizado, con mis mamelucos color ladrillo y mis alpargatas deshilachadas."

...ner ...mor

EN VILLA VICTORIA SE ENTREGARON LOS PREMIOS OSVALDO SORIANO

El parque del mar

En el inmenso parque de Villa Victoria, la casa que Victoria Ocampo cedió a la Unesco, el Ente Municipal de Cultura de Mar del Plata entregó los premios literarios Osvaldo Soriano, instituidos en memoria del inolvidable escritor.

Un par de anteojos para sol de afamado marco blanco quedaron huérfanos un mes de enero. Su dueña, Victoria Ocampo, falleció en Buenos Aires. Era 1979. Había nacido un 7 de abril, en el seno de una familia de elite que poco después estrenaría, en pleno barrio de San Isidro, la que fuera llamada Villa Ocampo.

Podría decirse que cometió todos los pecados sociales que la época condenaba, contradiciendo unas cuantas reglas, para finalmente graduarse de irreverente un día cualquiera, en Roma: conoció al hombre que la llevó a iniciar el camino del divorcio. El siglo XX apenas había cumplido dos décadas y ella tenía 30 años.

La geografía marplatense disimulaba fácilmente la ciudad futura: árboles frondosos crecían por todas partes; las alturas de las lomas daban un aspecto íntimo a todos los sectores del incipiente balneario, que la Primera Guerra Mundial había hecho destino de la encumbrada clase porteña. Las casas de verano fueron surgiendo en espacios de una o dos manzanas, arboladas y parquizadas como el terreno ordenaba.

Los abuelos de Victoria ya veraneaban en Mar del Plata, y su padre quiso tener casa propia con carácter urgente: la solución llegó en cajones ingleses, conteniendo trozo a trozo la casa prefabricada comprada a "Boulton y Paul Ltd. Timber Importers and Manufacturers".

Resultó un bungalow con tantos cuartos como habían sido requeridos. "En aquellos días", contaba Victoria, "por entre los álamos, tilos, hayas y otros árboles del parque, se veía un trecho de mar". Con los años, se convertiría en residencia exclusiva de Victoria. Dicen sus biógrafos que algunas de las modificaciones decorativas que hizo no necesariamente respondían a "las reglas de buen gusto"... pero que lograban un ambiente sedante, alegre, claro.

En alguna ocasión, dijo de sí misma ser "una mujer de pantalones y alpargatas que rezonga porque las hormigas se comen todo lo verde del jardín (sin contar lo que comen las gatas peludas y los caracoles)...". Jardín que enmarca las restantes construcciones: garaje y vivienda de caseros. Seguramente amó esta casa. Pero su concepto de vida privada –no privarse de vivir la vida– fue piedra inicial de otra: "J" viviría allí un par de meses con ella, en un barrio suficientemente deshabitado como para garantizarle una mínima discreción.

Sus amigos eran hombres (y algunas escasas mujeres) esencialmente de letras. Personajes de la talla de Tagore, Virginia Woolf, Madame Chanel, T. S. Elliot, Aldous Huxley, Waldo Franco, Drieu La Rochelle, Gabriela Mistral. Sus "obsesiones" literarias dieron en la revista *Sur* una página para cada joven inédito, tanto como para los más grandes del mundo. Y muchos de ellos la visitaron en Argentina, aun sin conocerla previamente. Aceptaban su invitación, su hospitalidad y quizá sus tertulias en Villa Victoria iniciaron nuevos rumbos en las letras universales.

Dominaba el francés, al punto de escribir en ese idioma y hacer traducir al castellano sus propios escritos. Amó a Dante y a Gandhi. Fue contestataria, espontánea, discutidora, anfitriona aglutinadora: buscó el enriquecimiento humano a través de las letras. Primera mujer en ingresar a la Academia de Letras. Prisionera política en años de peronismo. La obra *Eva y Victoria* quizá muestre todo lo que no fue pero... pudo haber sido... tal vez en términos más gruesos. Sabía usarlos, y lo hacía. Seis años antes de morir había donado sus villas de San Isidro y Victoria, en Mar del Plata a la Unesco. Al producirse su muerte, en enero de 1979, la Municipalidad de Mar del Plata logra comprar el edificio y el doctor Scagliotti, el amoblamiento de su dormitorio. El resto fue vendido en remate público en 1981.

Villa Victoria pasó a ser centro de actividades artísticas, alcanzando gran popularidad su ciclo "traiga su manta y escuche". Durante todo el verano, ese jardín que atacaban las hormiga, se puebla de música que cada uno escucha desde un rincón cualquiera. Alguien dijo que la Villa era mágica, que allí las cosas pasaban en una frecuencia diferente.

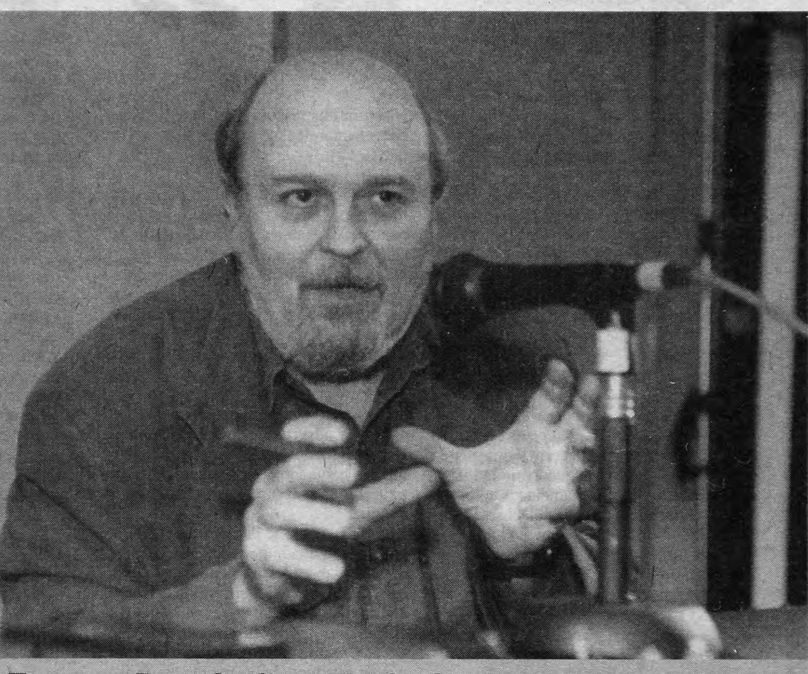
Una noche de verano, de ésas de luna grandota y vientos ausentes, el Maestro Lisy tocaba en Villa Victoria. El parque estaba repleto. Nos sentamos en la galería, bebimos algo, y dejamos que Lisy invadiera el jardín. Las viejas maderas del bungalow formaban una esquina que ocultaba al músico. El follaje de los árboles flacos, altos, apenas ronroneaba. Un par de gatos cruzaron el sendero de piedras como sólo los gatos saben hacerlo: en el más absoluto silencio. Era todo Lisy.

Ayer al mediodía, el Ente Municipal de Cultura de Mar del Plata, en ese mismo parque, entregó el Premio Osvaldo Soriano. Había mucha gente: eso, tal vez, no le hubiera gustado...

Tal vez se hubiera sentado en la galería, a dejar que todo pasara. Allí donde un par de gatos que habían cruzado el sendero dormitaban al sol, como sólo los gatos saben hacerlo: con el mayor de los placeres.

En Villa Victoria, la irreverencia y la magia siempre se dan la mano.

Marta Pareta



Entrega Premio Osvaldo Soriano en Mar del Plata

1. Es Premio Municipal de Literatura, otorgado por primera vez en 1996.
2. En homenaje a Osvaldo Soriano. A partir de 1997 lleva su nombre.
3. El primer concurso Premio Ensayo cuyo ganador fue Felipe Celesia.
4. El segundo, correspondió al género Cuento, premio entregado ayer, a Horacio Hernández.
Integraron el jurado Isidoro Blaistein, María Ester De Miguel y Elvio Gandolfo.
Seleccionaron otros trece cuentos para ser incluidos en el libro a ser publicado, acompañando a "El Carli", cuento ganador.
5. En 1998 se concursará en género Teatro. En 1999 en Poesía y en el 2000 se internacionalizará para el género Novela.

Según declaraciones del coordinador del Premio Municipal de Literatura Osvaldo Soriano, el escritor Juan Carlos García Reig, el premio lleva este nombre por tratarse de "Nuestro más grande escritor".

Entregó el premio el presidente del Ente Municipal de Cultura, Sr. Nino Ramella, a quien acompañaban funcionarios del Ente, el director de la Villa Victoria y el coordinador del Premio Osvaldo Soriano, J. C. García Reig.

Más de trescientas personas asistieron a la entrega.

Funcionarios municipales y provinciales, empresarios, artistas, escritores y prensa nacional.

Entre otros, el maestro Alberto Lisy y el director de la Casa de Mar del Plata en Buenos Aires, el ingeniero Hernán Lombardi.

Programa de Actos en Adhesión al 124º Aniversario de la Fundación de la Ciudad de Mar del Plata

Miércoles 11 de febrero
11.00 hs. Acto de reconocimiento al 50º Aniversario de Havanna
Lugar: Brandsen 3298